

* * *

¡ *Number one!* ¡ *Number two!* Graves motivos de cuidado para las madres de los recién nacidos. Y es que la infancia humana no tiene — ¡ ay! — la suavidad y la serenidad de las flores. « El duque del Maine, escribe M^{ma} de Maintenón, tiene fiebre cuartana; el conde de Vexin se siente indispuerto; la señorita de Mantes acaba de recaer... » Nada de poético en la manera que tienen estos pequeños de indicar lo más precisamente posible, si están bien, regular ó mal. ¡ Maldición á las madres que, por exceso de sensibilidad nerviosa delegan por entero á una mercenaria este examen augural! ¿ Pero existen tales madres?...

Las habrá más bien que pequen por exceso, que se preocupen, que hablen demasiado. Todos los amigos del doctor Tasqué conocen, por confidencias de su señora, las digestiones de la « mecha científica ». ¿ Te acuerdas de la excursión que hicimos hace dos años á Fontainebleau con el doctor y su esposa? ¡ Cuánto trabajo le costaba á la madre dejar, durante una docena de horas, á su hijo, entonces en el estado del conde del Vexin! Accedió, sin embargo, dejándole al cuidado de la encantadora Silvia y á condición de que telegrafiaría al hotel donde habíamos de comer, dando cuenta á la ansiosa madre...

El telegrama se hizo esperar. Cuando nos sentamos á la mesa, aún no lo había recibido. Á cada instante, sin que nosotros pudiéramos evitarlo, se levantaba y corría á la oficina á informarse.

Por fin la vimos aparecer radiante, blandiendo el pape-lito azul. Y, sin preocuparse del auditorio nos gritó, desde la puerta, el texto del telegrama :

— ¡ Una vez nada más!... ¡ Botón de oro!...

¡ Pues bien, Francisca! ¡ Esto fué más conmovedor que ridículo!

CARTA CUARTA

El hermano y la hermana. — Examen más profundo de « lo que es la educación ». — Doctrinas diversas. — Paralelógramo de los hábitos. — Definición precisa y completa de la educación. — Educación del estómago. — Vida física del niño. — Joven ciudadano y joven campesino. — El campo es superior á todo. — Necesidad de un hogar rural.

CON qué rapidez progresa, querida sobrina, la infancia del animal humano! Cinco meses ya que Francisca II vino al mundo y está muy lejos de usar de sus miembros, de su inteligencia y de su voluntad de la misma manera que una niña de cinco semanas. Si mis cartas han de seguir cronológicamente las etapas de esta evolución tendrás, entre dos cartas sucesivas, ocasión de olvidar la primera.

Avancemos, pues, la evolución de Francisca II.

Sin salir de tu casa, otro ejemplo de infancia, otro sujeto de estudio se nos ofrece: el primer hijo, el delfin tanto tiempo esperado, venido al mundo después de cuatro años de matrimonio. Siguiendo la ley ordinaria, en tanto que Francisca ha conquistado, inmediatamente, las preferencias paternas, la de la madre continúa siendo para Pedro, llamado cariñosamente Pedrote, ó Pedrito.

El franco gusto que te inspira la fisonomía fina, la elegancia nativa, la sensibilidad pronta, el espíritu despierto del delfin no te impide reconocer, entre nosotros, que la educación de Pedro no es, hasta el presente, un modelo. Tú te excusas gentilmente :

— ¿ Qué quiere?... Temíamos por su vida... Además ¡ es tan delicado! Su salud nos ha costado muchos trabajos. Todas las madres le dirán lo mismo : el primer hijo siempre

se educa mal. Á costa suya se adquiere la experiencia para educar mejor á los otros.

Es verdad, Francisca. De todos modos, no se puede decir que Pedrito es un niño mal educado, como lo es, por ejemplo, su prima y contemporánea Simona Laterrade. Simona es un carácter difícil que jamás han tratado de domar. Pedrito es un niño adornado de muy buenas cualidades que padres inteligentes han dirigido con cierta debilidad y mimo, sin método, sin doctrina, al día.

Pero no habiendo cumplido Pedrito seis años, todavía es tiempo de « meterle mano... » Lo que digamos á propósito de su educación, servirá para su hermana. Juan Jacobo observa acertadamente que « la infancia del hombre es femenina ». Nuestras observaciones y reflexiones, que parten de Francisca II, buscarán á Pedrito aplicándose por igual á la educación infantil de los dos sexos.

Pero antes de ir más lejos conviene profundizar esta palabra importantísima : Educación.

Educar á un niño, te decía yo no hace mucho, es ponerle en condiciones de que sea lo más feliz posible. Tú eres demasiado inteligente para haber visto en estas palabras una definición de la educación : yo definía, simplemente, el objeto que instintivamente se propone una madre.

¿Cómo preparar á Francisca para que sea lo más feliz posible? Definirlo será definir la educación.

Y ya, querida sobrina, concibes *que pueda haber diversos sistemas de educación, según la idea que cada cual se forme de la felicidad humana*. Subrayo estas palabras : por sencillas que sean no las he encontrado en parte alguna. Además, son capitales, porque explican la confusión, las contradicciones, y también esa cosa vaga y frágil que debilita los libros sobre educación. Tratemos nosotros de ser claros y sólidos : quizás sea una equivocación, pero intentémoslo.

Educar un niño ó una niña será — para un educador de buen sentido — preparar lo mejor posible su adaptación á las condiciones de la vida, tal como, razonablemente, puede preverse.

Hay, pues, en la educación, principios constantes : los

que rigen las condiciones invariables de la sociedad humana ; pero hay también principios variables : los que rigen las condiciones susceptibles de cambio. Educar en 1912 un



... Esperan encontrar en sus hijos ese misterioso tesoro de hábitos atávicos... (Pág. 50).

noble como se le habría educado en 1750, es prepararle para no pocos fracasos. Educar en 1912 un hijo de burgueses sin tener en cuenta que llegará á adolescente y á hombre en

plena lucha de clases, es dar pruebas de ignorancia y ligereza. El educador debe preparar en el discípulo las aptitudes generales que requiere toda sociedad humana y las especiales que exige la sociedad á que está destinado.

Creo, Francisca, que habrás comprendido fácilmente estos breves razonamientos. No tengo necesidad de otros comentarios para hacerte aceptar la definición completa de la educación :

Educar á un niño es desenvolver y disciplinar sus fuerzas innatas, para su mayor bien y el de la sociedad.

Ya ves que no sólo se trata del individuo, como en el deseo maternal de « colocar al niño en condiciones de ser lo más feliz posible ». La idea del bien social aparece y toma una importancia igual á la idea de felicidad individual. ¿Es por un impulso altruista? ¿Porque la definición sea más generosa, más bella? No; pero sí porque *es necesario*, y porque es una equivocación preparar el bien del individuo sin tener en cuenta el bien social.

Este fundamento real, práctico, es el que conviene dar á la educación, si queremos salir, de una vez para siempre, de vaguedades, de convencionalismos, y actuar sobre espíritus que no se contentan con frases sonoras, con razonamientos morales montados en el aire.

* * *

Préstame todavía unos minutos de atención, Francisca. No he terminado de exponer mi doctrina.

¿Qué son esas fuerzas innatas de que habla nuestra definición?

Si no lo sabes no será, ciertamente, porque no lo hayas oído, pues desde hace treinta años se ha abusado de la doctrina de la herencia. Todas las madres modernas, todos los padres, esperan encontrar en sus hijos ese misterioso tesoro de hábitos atávicos y saben que la educación ha de contar con esas « fuerzas innatas ». También habrás oído decir frecuentemente que, « contra esos hábitos here-

ditarios que constituyen el carácter del niño, no hay nada que intentar, pues acaban siempre por imponerse y triunfar ».

Esta es una doctrina de perezosos.

Parapetados en ella, los padres se abandonan á un criminal *far niente* y dejan crecer al niño como puede. La verdad es que el carácter del niño es un sistema de hábitos, innatos unos y adquiridos otros. La educación puede hacer poco con respecto á los primeros; pero ejerce una influencia considerable en los segundos, porque los sugiere.

Ya sé, Francisca, que excluirás :

« ¡ Qué va á suceder, Dios mío ! ¡ Mi pobre hijita tiranizada por esas fuerzas contradictorias ! »

Querida Francisca, la exclamación es justa. Y, para responder á ella, vamos á hablar un poco, si te parece, de geometría y de mecánica.

¿Has observado alguna vez una barca de vela, en un día de brisa suave, atravesar un ancho río, el Garona ó el Sena, por ejemplo? La corriente tiende á imponerle su dirección; el viento intenta darle la suya. ¿Dónde irá la barca? ¿Cuál será su suerte entre estas dos corrientes contrarias?... Muy sencillo; las dos fuerzas contrarias se *componen*. Cada una aporta su tributo, su influencia al resultado definitivo, ó, mejor, para emplear un término geométrico, á la *resultante*. Y la resultante permanecerá diagonalmente entre los dos componentes, más cerca de aquella que sea más enérgica.

Querida sobrina, las fuerzas morales que llamamos « hábitos » no actúan sino como las fuerzas naturales. Francisca II, débil esquiife humano, se ve arrastrada en un sentido por los hábitos innatos, que le impondrán su dirección si no obra ninguna otra fuerza. Á ti te corresponde crear esta segunda fuerza haciendo adquirir á tu hija hábitos que tiendan á inclinarla hacia el fin definido que tú deseas. Indudablemente, la segunda fuerza no neutralizará á la primera; pero se *compondrá* con ella, dará origen al resultado, la atraerá hacia sí, tanto más, cuanto más enérgica sea. Cuantas más fuerzas adquiridas des á tu hija, más directamente avanzará hacia el fin que le has destinado.

... La ley mecánica que te expongo se denomina ley del

paralelógramo de las fuerzas, porque los componentes adoptan la figura de un paralelógramo, cuya resultante es la diagonal. No es imprudente establecer, como base de la educación, una ley de mecánica moral análoga :

I. Los hábitos innatos y los adquiridos se componen obedeciendo la ley del paralelógramo de las fuerzas.

II. Al terminar su educación, el carácter del niño es la resultante de estas dos componentes.

Para iluminar un poco lo que estas consideraciones tienen, al parecer, de confusas, intentemos, querida sobrina, una aplicación. Buscaremos, entre los actos necesarios de la vida, uno de esos en que la educación (hábito adquirido) entre lo más directamente posible en conflicto con el instinto (hábito innato). Escojamos la manera cómo se alimenta el sér humano.

Locke y Rousseau, dos genios, han dicho muchas tonterías á propósito de la alimentación de los niños. Cuando un genio se pone á decir tonterías las dice capitales. Preocupados ambos con el deseo de arrancar el niño al imperio de los hábitos físicos, no querían que se reglamentara á éste las horas de comida. Así — pensaban — su estómago no tendrá exigencias periódicas. La higiene moderna ha hecho justicia á esta concepción de filósofos. Desde los pechos á la sopa, las comidas de Francisca II están metódicamente reglamentadas; lo estarán cuando pueda comer carne. Pueden estarlo siempre, hasta cuando tu hija haya terminado su educación. Las señoritas, las jóvenes modernas, sienten excesiva propensión á emplear el sistema de Locke, enfurruñándose en la mesa y atracándose de pasteles fuera de las comidas.

Disciplina de las comidas, yo te considero, por mi parte, como sagrada. Es convicción mía (no lo defenderé aquí falto de espacio, no porque carezca de argumentos) que la mayoría de los desórdenes de la vida — y principalmente la semi-locura de muchas personas — tienen por origen el desorden en los comidas. Nada funciona armoniosamente si el estómago sufre desarreglos. Disciplina de las comidas, tú eres el fundamento del orden y, consecuentemente, un elemento

esencial para la felicidad. ¡ Dichosos aquéllos que guardaron en el curso de su vida las reglas que sobre la alimentación prescribe la higiene moderna á los niños : horas de comida, dosificación de los alimentos, vigilancia del peso por medio de la balanza, que debe estar siempre al alcance de la mano ! Para los adultos [disciplinados, como para los niños, estoy dispuesto á firmar un contrato de salud y de quietud.

* * *

Por el momento, Francisca, no se trata de hacer comer la sopa á tu hija fuera de la « nursery » (1) — ¡ la obra es ya bastante ardua ! Mirando á tu hija debatirse con la cuchara, cerrar obstinadamente los labios ó restituir inmediatamente la cuchara que ha aceptado por milagro, me siento lleno de respeto por nuestros antepasados inventores de la cuchara. ¡ Qué admirable violencia han opuesto á la naturaleza humana, tan evidentemente inclinada á coger los alimentos con la boca, como los animales, ó á lo sumo con las manos !

Durante muchos días aún, Francisca II comerá en la *nursery*, pero Pedrito se sienta todas las mañanas á vuestra mesa, escoltado por Fraulein. Como la mayoría de las institutrices tudescas, ésta es una especie de criada, nacida en los alrededores de Stuttgart, que habla en voz muy baja el alemán. En tu casa ha aprendido el francés y modales correctos. Pedrito se comporta ante ella con perfecta independencia. Pedrito es un invitado caprichoso, frecuentemente agradable y molesto algunas veces. Comencemos á disciplinar á Pedrito en la mesa : algo conseguiremos. ¿ Temes fracasar con ese niño mimado durante tanto tiempo ? Desengáñate. Á los cinco años es más difícil imponer costumbres que á los doce meses ; pero no imposible. Prueba : el mismo niño, insoportable en casa de sus padres, se torna

(1) En inglés, en el original francés. *Nursery*, significa, nodriza, establecimiento destinado á la crianza de niños y también habitación que en las casas inglesas reservan para éstos. (N. del T.)

súbitamente muy prudente apenas lo llevan á casa de una tía un poco hosca.

Yo mismo he anunciado á Pedrito nuestras intenciones. He colocado su débil cuerpecito en mis rodillas, y fijando su cabeza retozona entre mis manos, le he dicho : Ahora que te aproximás á la edad de la razón, vamos á enseñarte á conducirte como un hombre. Y, en primer lugar, vas á ser muy formalito en la mesa. No hablarás, á no ser para responder. No comerás sino lo que te sirvan. No turbarás más las comidas con tus extravagancias.

Se ha echado á reir estrepitosamente, tan cómica le ha parecido la idea de que puedan imponerle restricciones. Cuando ha comprendido que hablaba seriamente, su rostro se ha puesto serio; sus ojos se han ensombrecido y me ha contestado :

— No querré yo.

— Sí, sí que querrás. El domingo por la tarde te llevaré al Nuevo Circo para enseñarte una cosa, y, al día siguiente, estoy seguro que serás formalito en la mesa.

— ¿Por qué?

— Porque en el Nuevo Circo verás un elefantito, de no más edad que tú, sentarse en un taburete, ante una mesa servida, atarse la servilleta al cuello, beber y comer solo, y, una vez terminada su comida, quitar él mismo su cubierto.

— ¿De verdad?

— Sí... Lo que se ha podido enseñar á un elefante que es pesado, torpe y bestia, que ni habla ni comprende las palabras, ¿crees que será posible enseñártelo á ti que eres fino, inteligente y astuto?

Rousseau, en su *Emilio*, usa y abusa del sistema que consiste en poner la educación en sainete : prepara laboriosamente, para su discípulo, golpes teatrales pedagógicos destinados á imprimir en su espíritu verdades conceptuadas como útiles. Buen procedimiento, á condición de que no lo destruya, como hace, por la repetición indefinida. Dosificada prudentemente, despierta la atención del niño y disminuye su resistencia. Desde ayer mañana, Pedrito comenzó á ser

formal en la mesa. Toma modelo, sin duda, de la conducta del elefante; una concurrencia tácita se ha establecido ya entre este otro motivo de la educación y él.

Yo quiero ¡oh sobrina! que acompañes á tu hijo á visitar al elefante. Como tantas otras lecciones, ésta te aprovechará á ti también, aunque no de la misma manera que á tu hijo. Observando al joven paquidermo, que, además de comportarse como un invitado se entrega á ejercicios que no se exige á éstos, tales como equilibrios sobre las botellas, traslado de la mesa en la punta de la nariz, perdón... de la trompa; limpieza metódica y arreglo del servicio, observando, repito, al joven paquidermo, concebirás cuán ciegos están ó estúpidos son los que niegan el poder de la educación. ¿Un Pedrito ó una Francisca II son menos susceptibles que el elefante? Lo serán tanto más cuanto les impongas hábitos en armonía con su naturaleza, conformes á su herencia, y máxime cuando al elefante le han impuesto hábitos literalmente contrarios á las costumbres de sus antepasados de los bosques.

Si preguntas al domador cómo ha llegado al fin que se propusiera, te contestará que ha sufrido mucho, que ha pasado mucho tiempo, pero que el procedimiento es infalible.

Educación, tu nombre es : Paciencia.

* * *

No basta alimentar sabiamente al niño para que goce de salud : la vida del estómago es de una importancia capital en la economía física; pero la vida de los miembros tiene también su importancia.

¿Cómo educar físicamente al niño durante la primera parte de su infancia?

Antes de dar preceptos, querida Francisca, voy á desenterrar algunos recientes y comunes recuerdos.

¿Te acuerdas que durante el último setiembre, veraneando en Rein-du-Bois, en casa de los Laterrade, en Berrí, presenciábamos juntos, frecuentemente, los trabajos de la

granja, separada de la casa por un ancho patio? Más rural que tú, esforzábame yo por interesarte en aquella vida campesina, sencilla y profunda, que no podemos menos de admirar cuando la hemos comprendido. Y yo comprobé que te interesaba más que la parva de polluelos, más que el regreso de los caballos de labor, más que las vacas ó que la fabricación de la manteca, más que todo esto, repito, te interesaba el joven Clemente Martín, niño de cuatro años, hijo de Bautista Martín, el colono.

Bautista Martín y su esposa Catalina, desde hace mucho tiempo colonos de los Laterrade, tienen poco más ó menos la misma edad, unos cuarenta y cinco años. Además de Clemente han puesto en el mundo una hija, Emilia, hoy hermosa joven de diez y seis primaveras, robada al campo por la ciudad : actualmente presta servicios en Vatan y acaricia la esperanza de trasladarse á París.

Clemente es, naturalmente, el preferido de la madre. Ella le ha cuidado, mimado y educado á su manera. Esta « manera » no tiene nada de común con la solicitud un poco azorada de cualquier mamá parisiense. Clemente, cuando todavía se alimentaba en los pechos maternos, lo llevaba su madre á los trabajos rústicos y reposaba al pie de un árbol, á la sombra de una seto, mientras su madre binaba las remolachas ó escardaba el trigo. Sin ayuda de nadie aprendió á andar, primero á cuatro patas, luego á tres, más tarde á dos. Bien pronto comenzó á comer sopa y hasta apreció el gusto del vino. Ahora ya habla, anda y come sin ayuda de nadie y hace la vida de la granja. Se levanta con los boyeros, presencia atentamente los trabajos y emprende por su cuenta una multitud de pequeñas empresas en las que emplea ingeniosamente hierros viejos, pedazos de cuerda, latas de conservas, etc. Clemente Martín es rechoncho, corto de piernas, cabeza enorme, rojiza de cabellos, enmarañados, rasgos vulgares, excepto sus hermosos ojos verdes. Ninguna higiene científica preside su educación. Á los cinco años creo que todavía no se ha bañado, salvo cuando se cae al mar, lo que sucede con frecuencia... Clemente Martín no es hermoso ni amable. Tú misma no has podido conseguir acariciarle.

Sin embargo, concedías á sus actos y á sus gestos un interés extremo, sobre todo cuando jugaba con tu hijo, lo que tolerabas á condición de no perderles de vista. Y yo que te miraba entonces leía en tu rostro el orgullo que te inspiraba la comparación entre Pedro, elegante, limpio, cuidado, y el pequeño rústico con el cual jugaba. Leía ese orgullo mezclado con algo de tristeza... Porque tu predilección no te impedía comprobar que el rústico era más sólido y robusto que el ciudadano. Elegancia á parte, Clemente ofrece, mejor que Pedro, el



... El domingo por la tarde te llevaré al Nuevo Circo... (Pág. 54).

tipo perfecto de animal humano, lo que no es un mal.

¿De dónde viene esta diferencia, Francisca? Simplemente de que, durante los primeros años de su vida, la infancia del hombre es, en efecto, muy parecida á la del animal y las mejores condiciones para su desenvolvimiento son las que convienen al joven animal. Para éste nada peor que las condiciones ciudadanas. No quiero herir con esta comparación ninguna de tus fibras maternas...; pero te suplico que arrojes una mirada sobre los establos que todavía se ven en algunas calles de París. El ganado y las aves son lamentables : diríase que están en la enfermería ó en la cárcel. En realidad, no obstante los cuidados de que se les rodea, — más escrupulosos que los que guardan con sus compañeros del campo — sufren una multitud de enfermedades de las cuales están libres los últimos.

Eso sucede también con los humanos, Francisca. Nosotros mismos hemos tenido el capricho de levantar los muros que nos encierran en las ciudades, los muros que nos oprimen como á nuestros hermanos los rumiantes y nuestras hermanas las gallináceas, como á esos árboles raquíticos que vemos, en jardines demasiado estrechos, levantarse hacia el espacio libre. Á pesar de la ausencia de cuidados higiénicos, no obstante las perniciosas rutinas campesinas y un alimento mediocre distribuido sin orden, el rural Clemente Martín se ha desarrollado más y mejor, en el mismo espacio de tiempo, que el ciudadano Pedro Despeyroux. Jenny, la obrera, puede cuidar maternalmente las plantas de su ventana; pero no crecerán jamás tan lozanas como las del cura de su pueblo, plantadas en el jardín.

Aquí tienes, en estas dos palabras, el mejor sistema para la formación física del niño : el campo. Ninguna duda sobre este punto. En el campo no encontrarás el « gran especialista en las enfermedades de los niños » que llaman los ricos apenas sus hijos estornudan ú observan medio grado más en su temperatura. Pero si hay menos médicos, también existen menos miasmas humanos, menos microbios, como hoy se dice. En una ciudad, sobre todo en una ciudad como París, hay que pensar que el peligro de un contagio acecha en todas las esquinas, en el vestíbulo de todas las casas, en todos los coches, en la iglesia como en el teatro, en las caricias y en los rozamientos de unos con otros, un poco anémicos por la estrechez de la vida urbana.

Por otra parte, como en el campo todo se efectúa en un medio más favorable, el desenvolvimiento del niño se realiza más libremente. Admito que Francisca II, que ahora cuenta ocho meses de edad, no esté oprimida aún por la vida social de la ciudad; pero su hermano mayor, á los cinco años y medio, lo está ya. Pedrito sale acompañado de su Fraulein, y de tal manera vestido, que no puede revolcarse en la hierba del Bosque, ni patear en el barro, ni batallar con sus compañeros... Si riñe, si se hace un rasguño ó se da un golpe, le reprendéis. En una palabra, toda clase de precauciones, que sólo tienen valor para las personas mayores,

aprisionan ya al niño ciudadano, le limitan el movimiento, facultad esencial para su desarrollo físico y hasta para su felicidad. En tanto, el rústico Clemente Martín, privilegiado ya por el volumen y la calidad del aire que respira, se revuelca en el estiercol; se cae al mar; rompe sus pantalones; monta cualquier caballo, que le derriba; acecha á la garduña junta á la madriguera; trepa á los árboles, se cae y se descalabra. El rústico Clemente Martín, que vive al aire libre, posee también movimientos libres. No debe sorprenderte, pues, que sus miembros se desarrollen mejor, que respire mejor, que corra más, que sea más fuerte, más atrevido que tu hijo, obligado á respirar un aire impuro y sujeto por trajes elegantes.

Tercera superioridad de Clemente Martín sobre Pedrito : Clemente está rodeado de objetos más apropiados para su facultad de visión y comprensión. Como el aire y el sol, las plantas y los animales son los accesorios naturales del niño. Lo que han inventado los hombres, lo que han añadido á la naturaleza humana, ha sido con el propósito de excitar el interés ó el placer de los seres humanos desarrollados, formados ya; pero los niños no sabrán apropiarse nada de esto, porque no lo comprenden bien. Hasta aquello que los hombres fabrican expresamente para distraer á los niños, — los juguetes, — no lo comprenden; para adaptárselos, para que sean compañeros apropiados, precisa que antes los desorganicen, que los simplifiquen, que los descompongan en sus elementos... Al contrario; por un misterioso acuerdo, el niño se identifica inmediatamente con los animales y las plantas del campo. Diríase que reconoce en su vida libre, ardiente, instintiva, los caracteres de su propia vida. Ya trataré de demostrar más adelante (cuando estudiemos al niño desde el punto de vista de la educación de su espíritu) que ese contacto con las plantas y los animales es más provechoso é instructivo que las lecciones de *misses* y pedagogos. Quiero sólo hacer notar aquí que el campo es el único lugar donde el niño puede *complacerse*, porque nada excede á su débil inteligencia y todas las imágenes agradan á su vista. Clemente Martín no sólo tiene sobre

Pedrito la doble ventaja de respirar un aire más sano y moverse más libremente; pero también la de ser más alegre, más interesante, en una palabra, más feliz.

* * *

— ¡Ay! — me contestarás, — ya sé, querido tío, que esas eran exactamente mis reflexiones cuando, en casa de los Laterrade, miraba jugar á Martín con mi hijo... ¿Pero para qué reavivar esta melancolía?... Mi hijo nació en Versailles y hoy está encadenado á París, como su hermana Francisca II, como sus padres. No hay más remedio que acostumbrarnos todos.

No digo lo contrario, Francisca... Yo conozco, sin embargo, padres que no vacilaron en separarse de sus hijos para enviarlos á criar en un pueblecillo vecino. Los padres de tu tío Marcelo, precisamente el mismo que te escribe estas cartas. Yo era un niño débil, de antemano condenado por los médicos. No pudiendo (es tu mismo caso) vivir fuera de París, mandaron al niño á Normandía, confiado al cuidado de unos amigos, dueños de una granja. Mis primeros años, Francisca, fueron los de un rústico, como Clemente Martín. Y resultó lo siguiente : que yo no sabía leer á los siete años; más tarde ya examinaremos si esto fué un mal; pero en cambio, además de un amor nostálgico al campo que ningún parisianismo ha destruído, he ganado medio siglo de una salud juzgada, á veces, inexplicable por el areópago de neurasténicos y destragados que nos rodean...

Si los padres ciudadanos no hacen lo que hicieron los míos y lo que hacen también muchos padres ingleses, es porque cuesta un penoso sacrificio de ternura. Se quiere á los hijos por uno mismo antes que por ellos. Y esto es una equivocación. La falta de virtud para soportar un pequeño desgarramiento inicial, quiere enmendarse imponiendo mil cuidados. Madres, os lo repito : la panacea para fortificar, aguerrir y desarrollar á vuestros hijos, es el campo. Y por « campo » entiendo antes « el campo » que el jardín

y mejor la granja que el chalet ó el pueblo. Una vida de rusticación infantil con higiene y limpieza por añadidura.

Concedo, sin embargo, que puede ser incómodo, hasta imposible, á ciertos padres, realizar este ideal de educación. La cabra ciudadana se ve, á veces, obligada á pacer el césped allá donde el destino la ata. ¿Cómo educar al animalito humano en las ciudades según lo que convenga á sus intereses fisiológicos?

Contesto sin vacilación :

De la manera que más se aproxime á una educación en el campo ó en la granja.

Aprovecha, Francisca, las ventajas que tienes sobre el matrimonio Martín : tu inteligencia, tu cultura, tu posición social y hasta las comodidades de la ciudad. Acostumbra á tu hijo á que se lave el cuerpo después de haberlo ensuciado : el niño juzga tolerable la suciedad, hasta agradable, y en este caso, el hábito adquirido debe corregir la tendencia animal. Vigila sus miembros, sus ojos, sus dientes; utiliza los médicos, puesto que los tienes al alcance de la mano; pero toda esta higiene y toda esta cultura física (que, en detalle, puedes encontrar fácilmente, y que yo, después de haberlo hecho tantos, me guardaré muy bien de explicar) no deben hacerte olvidar que el aire abundante, el movimiento libre y la alegría física son los principios esenciales de la educación en los primeros años. El ideal, hay que repetirlo hasta la saciedad, es un Clemente Martín que se lave mañana y noche y que esté más ordenadamente alimentado.

Sea como fuere, el niño ciudadano, Pedro ó Francisca II, gozarán lo más posible, gracias al esfuerzo maternal de ese falso campo que simulan los jardines de París. Pero no vayas á creer que el paseo cotidiano á las Tullerías ó al Bosque les sea suficiente durante un año. Es indispensable reforzar con amplias y prolongadas saturaciones de aire este régimen anémico. Y no se trata de llevar á tus hijos en compañía tuya á Trouville ó á Vichy, que son también aglomeraciones humanas, grandes ciudades intermitentes. Se trata de rehacer durante algún tiempo pequeños rústicos en

el mar, en la montaña, ó, más sencillamente, en los campos, lo que creo preferible á todo. Porque sólo la vida campesina les emancipará por completo de los detestables cuidados del traje que, á pesar tuyo, estás obligada á imponerles en los balnearios y en las playas. El campo un poco solitario, sin falsos adornos, animado por las labores de la tierra, vale para tus hijos más que todos los balnearios y playas anunciados en las estaciones. Alquila, pues, en el campo una casa lo más sencilla posible la *farmhouse* (1) de los ingleses, si es que no posees una de tu propiedad. Trata de escogerla en condiciones de ir todos los años ó varias veces cada año : el niño gusta de la costumbre y se instruye más con lo que ve varias veces que con lo que sólo visita una.

Y, mejor todavía, procura tener un campo, propiedad tuya.

Es este un consejo, querida Francisca, que ya te daba cuando eras soltera. Insisto de nuevo hoy, que eres casada y madre, y ya que, gracias á Dios, te lo permiten tus recursos. Añadamos que poner en práctica esta recomendación no es superior á los medios de casi ningún matrimonio acomodado, y á éstos, lo repito, es á los únicos que se les puede hablar de educación integral. Nada más económico en nuestros días que una casa de campo con una poca de huerta á su alrededor, muy poca, la suficiente para que la vida campesina rodee á los niños. Y si se compara los gastos del « veraneo » costoso, que ahorra una familia, una ó dos veces por año, con los que ocasiona este retiro campesino, estoy seguro de que en el balance anual se realiza una considerable economía.

Esto exige gastos suplementarios; pero yo diría al padre previsor y prudente : ¡ Hazlos !

Si, padre previsor. Ahora que tus hijos son pequeños — ¡ no te retardes ! — compra, sino lo has heredado de tus padres, el rincón de tierra y los muros donde tus pequeños guardarán sus recuerdos, echarán raíces, como la

(1) En inglés en el original francés. *Farmhouse*, casa de campo. (N. del T.)

hiedra trepadora, crecerán sanos, almacenarán oxígeno, harán ejercicio, se criarán alegres, equilibrados moralmente y se formarán una base más sólida para su cultura intelectual. Más adelante te daré las razones decisivas de todo esto; en tanto, concédeme crédito... ¿Pero no comprendes ya que el hogar ciudadano, sobre todo el hogar de las grandes ciudades, el piso que en París se alquila y se abandona (así lo establecen las estadísticas) cada tres años, no es un verdadero hogar? El verdadero hogar es aquel cuyas piedras rudas ó en ruinas evoca nuestra memoria, la casa amplia ó mediocre, tal como era cuando nuestros ojos comenzaban á seguir el contorno de las cosas ó nuestros oídos se abrían á las sonoridades ó nuestro espíritu hacía eclosión.

¡ Desgraciados los que no guardan estos recuerdos de la infancia !... ¡ Tu deber, padre de familia, es crearlos para tus hijos !